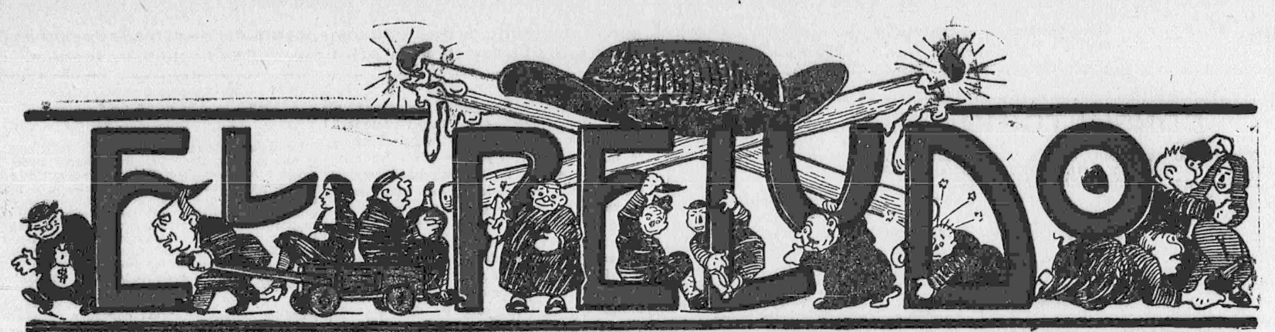


SEMANARIO SATIRICO ANTI-CLERICAL ILUSTRADO

Año II | Buenos Aires, JUNIO 10 de 1922 | Núm. 61

DIRECTOR
JULIO J. CENTENARI
— ATEO —

SALE DE LA CUEVA
Los dias Sábados - 10 cts.
Unión Telefónica 412, Mitre

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle DEAN FUNES 1692
Buenos Aires



Damn the priests!

Maneja la hostia bendita igual que la dinamita = He handles "hostia" same as dynamite

To hell with Church and State!!

Compañeros - Intensificad nuestra campaña para derribar a los tiranos - Ayudad nuestrapropaganda, distribuyendo "EL PELUDO" entre distintos lectores, para difundir, cada día más su lectura.

SUBSCRIPCIONES:

TRIMESTRE	$ 1.50
SEMESTRE	$ 3.—
AÑO	$ 6.—

LAS SUBSCRIPCIONES DEBEN ABONARSE POR ADELANTADO, EN GIROS, CARTAS CERTIFICADAS O PERSONALMENTE AL DIRECTOR JULIO J. CENTENARI, CALLE DEAN FUNES N.o 1692 BUENOS AIRES.

DIRECCION

Manuel Carrasco.—Amor y odio no se publica por ser demasiado largo.

Irineo Rodriguez "Mansedumbre"—No se publica por ser demasiado extensa.

Felix Corral.—Lo mismo.

Recibimos de nuestro querido compañero Pedro Dario Fusco, el opúsculo rojo titulado "Iras Proletarias y Harmonías", de que es autor, que agradecemos sinceramente.

Sr. Director de EL PELUDO,

Julio J. Centenari

Salud.

He quedado admirado al leer su semanario EL PELUDO no. 58 el articulito titulado el "Pobrecito el Papa", pués vaya un pobrecito (chancho) con toda su comodidad de lo que quiere y que se tenga un chiquero tan reducido con once mil habitaciones y que haya tantas familias que en el invierno crudo de hielos y fríos no tengan donde meter la cabeza y tengan que morir de frío después de haber trabajado tanto para sostener toda la chanchada que hay en el Vatican, yo como anticlerical y anarquista le mando un peso de donativo al PELUDO para que de una comida ha toda la chanchada del Vaticano y demás gentuza de esa raza y que les haga tanto provecho como a los tordos las municiones y revienten todos de una vez para que dejen de corromper la humanidad con todos sus sermones y sus confesionarios que es lo más cínico y corrompido que hoy sostiene la humanidad.

Y que no tenga la humanidad un momento de reflexión para poder analizar lo que de grave encierra en su doctrina el maldito (clero) porque en todo el globo terraqueo es lo que más atrasa a la humanidad con su podrida doctrina.

Necochea Mayo 26 de 1922.

DANIEL CASCON.

LOS QUE DAN VIDA

F. Cristobal $ 31.20; Mariano León, 12; Victor Vighi, 10 por suscripciones; Vicente Coletto, 10.60 cts.

E. Costa. Recibí giro por $ 12, está pago hasta el número 60.

DONACION

Luis Calneggia nos envía $ 0.70 cts. para comprar dinamita y hacerle volar los cusifai a los frailes de Buenos Aires.

M. Serantes dona 0.50 cts. para que "El Peludo" continue la campaña contra las víboras frailunas y gobernantes.

Aurelio González, dona un peso para EL PELUDO; agradecido.

Pantaleón Balleti, dona $ 0.50.

Indio Acosta, donación, 78 centavos.

El individuo y la colectividad

En mi paso por la vida social siempre gusté y me alegré de tropezarme con ciudadanos con criterio definidor y analítico, con criterio propio; con ciudadanos que hicieran resaltar su personalidad dentro de la colectividad y, especialmente, sobre la masa amorfa, ignota, servil y degenerada; con ciudadanos, en fin, que, erigiendo los dictados de su conciencia, debidamente equilibrados, a la categoría de dios, amo y rey de sus acciones, no se dejen arrastrar, a impulsos de la fuerza del número, por los senderos del equívoco a que se dejan conducir, borreguil y servilmente, los que caminan por donde los dicen y no por donde piensan.

Este es un individualismo, puro, sano, dignificador, garantía y base de la marcha progresiva de la humanidad hacia la conquista del más puro principio de libertad que, en una sociedad de iguales y empezando en el individuo para terminar en la colectividad, será algún día el faro luminoso que alumbre la humanidad emancipada, material, moral e ideológicamente. De este sano y puro individualismo podemos afirmar que no hay un solo anarquista, por muy comunista o colectivista que se sienta, que no sea partícipe fervoroso.

Hemos dicho en una sociedad de iguales, y lo hemos dicho a propio intento. La sociedad está dividida en clases que hoy ya son completamente inarmonizables. A estas clases las divide y separa una odiosa desigualdad económica, base y fundamento de todas las demás desigualdades y de cuantas injusticias nos rodean; desigualdad que hace imposible la fraternidad, base de armonía, y cierra el paso a una libertad sin acotaciones. Se hace pues indispensable acabar con esa desigualdad para que la fraternidad y la libertad tengan el paso libre.

¿Cómo? Sólo hay un medio. Los sostenedores y defensores de este estado, basado en la desigualdad, son los poseedores de los instrumentos, productos y cosas necesarios al desarrollo y existencia humana. Poco dispuestos a dejarse arrebatar las posiciones que tan injustamente detentan, se afianzan, se agrupan y fortifican con cuantos medios de defensa disponen, que son innumerables; indiscutiblemente constituyen una fuerza, sino invencible, sí muy vigorosa. Esa fuerza sólo puede ser destruída con otra fuerza idéntica, y el choque de esas dos fuerzas se llama revolución. Este es el medio.

Toda revolución está sujeta a dos fases: una espiritual que, con libros, periódicos, folletos, conferencias, etc., se va haciendo germinar en los cerebros y otras material para la que, indiscutiblemente, se necesitan hombres y elementos. La revolución espiritual siempre fué obra de una minoría consciente y altruista que tomó como campo de acción la parte de la colectividad más adaptable que fué de la que esa minoría se valió para fundirla en realidad.

¿Podría un individuo, por muy superior que fuera, tanto espiritual como moralmente, ante el resto de los que le rodean, ser feliz, libre y dichoso, si a éstos les agobiaba la injusticia y la miseria? Si es humano y generoso, no, y sin serlo, muy difícilmente.

¿Podría él, solo o acompañado de una minoría como él, transformar un sistema que, por sus medios de defensa requiera ser acometido con fuerza y valentía? Tampoco.

De todo esto se deduce que el hombre no puede ser feliz donde haya injusticias y que con éstas no se acaba sino es uniéndose, para destruirlas, a cuantos las sufran.

Todas estas digresiones nos llevan derechamente a tratar de otro individualismo un tanto egoísta, acomodaticio o convencional que tiene sus raíces en todos los campos y no falta por el campo anarquista donde abundan, como los hongos.

Hay anarquistas que, tomando posiciones tras el parapeto de un individualismo de color puritano, dicen para justificar su postura un tanto cómoda, soberbia o egoísta: "yo no pierdo el tiempo ni estoy dispuesto a sacrificarme por una masa estúpida, ignorante, idólatra, servil y sobre todo materializada". A éstos, cabría preguntarles: ¿qué fuisteis vosotros antes de ser lo que sois, sino masa, y masa con todas sus imperfecciones? (Eso sí no siguen siendo todavía bastante masa con un ligero barniz). Lo mismo que vosotros os emancipásteis espiritualmente a costa de lo que otros sembraron y se sacrificaron, ¿no pueden hacerlo otros con vuestro esfuerzo? ¿Podéis negaros a prestarlo? Y no siendo esto aceptable, ¿dónde mejor hacerlo que acudiendo allí donde hay colectividades de hombres agrupados por un instinto mejor o peor orientado, de descontento? ¿Es que acaso pensáis llegar a la anarquía cantando sus bellos principios desde los picachos, y tumbados tripa arriba a la madre Naturaleza, o desparramando al buen tun-tun un gran puñado de folletos?

Otros censuran y combaten la intervención y actuación de los anarquistas en los Sindicatos (no faltando quienes se entretienen en insultar groseramente a los que lo hacen) porque dicen que corren el peligro de ser absorbidos y desviados por los esfuerzos que dicha actuación reclama. Quien tal dice, sin negar que en algunos momentos pueda tener un principio de razón, no nos negará que, tal afirmación, dice muy poco en favor de la firmeza de convicciones de quien la hace; el anarquista que sea firme y sinceramente anarquista, lo será sin tapujos en todas partes, en la calle, en el trabajo, en el Sindicato, en su casa, etc. etc., y siéndolo en todas partes, más probabilidades tiene de absorber que le absorban, y ese peligro que puede correr en el Sindicato, lo correrá, igualmente, en cualquier otra colectividad donde trate de sembrar la semilla de sus ideas, a no ser que la limite a una labor de propaganda individual y, en este caso, sería cosa de sentarse tranquilamente a esperar esa potencia necesaria para abrirse camino y dejar a las colectividades irredentas a merced de los eternos mercaderes del sofisma y el arribismo político.

No dudo que entre los camaradas que así se manifiestan habrá algunos de buena fé que así lo sientan; pero no es menos cierto que, tras esa posición, ocultan muchos su cariño a una comodidad individual libre de las persecuciones que consigo trae una actuación viril dentro de las colectividades proletarias que no se asustan de los procedimientos revolucionarios, y otros que, amparándose en la suprema autonomía de su "yo" desdeñan a los Sindicatos donde podrían ser discutidos, para reconcentrar su actuación y propaganda al limitado círculo de una reunión de taberna, una tertulia de café o un grupito de incondicionales donde es una especie de pequeño dios indiscutible.

Con esta clase de individualismos o puritanismos, ni estamos ni podemos estar conformes, por considerarlos negativos para la labor revolucionaria a realizar. Individualistas, sí, porque sino no seríamos anarquistas, pero de un individualismo altruista y generoso que da cuanto tiene y vale a la colectividad, sin dejarse absorber ni anular por sus miserias y materialismos, sino todo lo contrario; pero no de ese otro incapaz de sacrificar nada por los demás; ni del que tiene por campo de acción: "ahora yo, por encima de todo yo y siempre yo", ni del que pierde el tiempo cantando sus sublimidades a la luna y a las estrellas.

J. J. C. Bomba Roja.

CARIDAD BURGUESA

El mendigo — Déme un bocado de pan, señor, que no he comido en tres días.

El burgués. — Según los últimos descubrimientos científicos, un hombre puede estar sin comer nueve días; vuelva usted, por lo tanto, dentro de seis.

FATALIDAD

Un abogado, un médico y un cura
Iban juntos, y un chulo sin mesura
Dijo: "Este triunvirato en nuestra tierra
Nos despoja, nos mata y nos entierra.

Pancho Galera

En plena Plaza de Mayo fué bautizado el dia 25 por el pueblo el flamante Ministro del Interior. Llevaba un frac antidiluviano, emprestado de un cambalache e iba tan estirado que apenas se reconocía al pintoresco ave negra de los tribunales. Sus inconfundibles bigotes largos como guardabarros de donde se posaban una multitud de moscas por lo azucarado que los llevaba y una descomunal galera que en tiempo fué de felpa ahora es de felpudo descansaba sobre la cabeza y orejas del ministro.

El publico al advertirlo en medio de la pandilla oficial no pudo contener su regocijo y le saludó con estruendosos gritos: **Pancho Galera, Pancho Galera.** Y el ministro peludista, desconcertado, corrido por las risas y el formidable titeo de la multitud, buscó refugio en un coche de plaza y desapareció por una calle transversal.

—:o:—

El ocioso y la sociedad

Releyendo días pasados una de las obras de la, por tantos títulos, ilustre escritora doña Concepción Arenal, tropecé con el siguiente diálogo que, por la enseñanza que encierra, brindo a los lectores de EL PELUDO.

Léalo con detenimiento (el que no lo conozca) y comprenderá cuan fácil sería el arreglo de la llamada cuestión social si todos nos inspirásemos en las ideas de la inmortal escritora gallega.

Hélo aquí:

"Un heredero ocioso se presenta a la sociedad con un saco de oro, y, entre los dos, si no con palabras con hechos, se entabla el siguiente diálogo :

Heredero. — Porque tengo estas monedas me darás: alimentos, vestidos, albergue, protección, asistencia, esté sano o enfermo, placeres, etc. etc.

Trabajarán asiduamente para mí, a veces con riesgo de su vida, muchas con el de su salud :el bracero y el hombre de ciencia; el filósofo y el pastor; el sacerdote y el soldado; el comerciante y el artista; el labrador y el poeta; el que va por canela a Ceilán y el que saca el metal de las entrañas de la tierra.

Sociedad. — Y, en cambio de tantas cosas como tantas personas hacen para tí, ¿qué haces tú para ellas?

Heredero. — ¿Yo? ¿no ves este saco? Voy dando monedas, chicas o grandes, muchas o pocas, según el servicio que me prestan.

Sociedad. — Pero, ¿cuál es el que "en cambio", prestas tú?

Heredero. — Mi padre lo prestó.

Sociedad. — Tu padre pudo trabajar "para tí"; no "por tí"; pudo dejarte un capital, no un derecho que él no tenía ni tiene nadie; ni eximirte de un deber que, como todos, es "personal".

Si robaras y fueses acusado de ladrón, ¿te defenderías diciendo que tu padre había respetado la propiedad ajena? Pues lo mismo es que, acusado de holgazán, respondas que tu padre trabajó. Es una circunstancia agravante, pues de tu propia confesión resulta que no has seguido el ejemplo que te dieron.

Heredero. — ¿Cómo es posible que yo "deba" trabajar, cuando no lo "necesito".

Sociedad. — Porque los "deberes" no dejan de serlo aunque no se necesiten para comer; y si el ser rico no te dá derecho para ser mal esposo, ni mal padre, tampoco para ser holgazán: no hay derecho a envilecerse y degradarse, y la necesidad del deber es moral y no física, y la de trabajar, cuando no sea para alimentar la bestia, lo será siempre para moralizar al hombre.

Heredero. — Según eso ¿ninguna ventaja resulta de haber nacido rico?

Sociedad. — Si no sabes aprovecharla, te resultarán muchos inconvenientes.

Llamas ventaja, y solamente tienes por tal, la de pasear tu holganza repleta por entre trabajadores que acaso tienen hambre; la de darles el mal ejemplo de tus vicios, y tal vez la tentación de imitarlos; la de irritar su pobreza viendo el uso que haces de tu fortuan; la de conducirlos a negar el derecho de poseer viendo para lo que te sirve tu hacienda.

Nó, nó; el "derecho a holgar" es tan absurdo como "el derecho al trabajo", y

mucho más repugnante; no puede haber derechos imposibles ni corruptores. ¿No te parece útil la riqueza si no se te dá la facultad de convertirla en un veneno para tu alma?

¡Ah! Eres bien desdichado y bien miserable con ella, si no la concibes como un medio de perfección. El pobre trabaja como puede y en lo que puede; tú puedes "elegir" trabajo.

Si supieras que hay un mundo entre estas dos situaciones; si supieras, prescindiendo de otras mil diferencias, lo que significa esta, caerías de rodillas dando gracias a Dios, en vez de blasfemar porque no te permiten apoderarte de un instrumento para matar tu virtud.

Heredero. — Todo eso me parece pura declamación, y no prueba de ningún modo que no pueda comprar con "mi" dinero el trabajo de los otros mientras se lo pueda pagar.

Sociedad. — "Tu" dinero no es "tuyo" incondicionalmente, y así como no "puedes" emplearlo en comprar asesinos ni sobornar empleados públicos, tampoco en corromperte a tí mismo.

Heredero. — En todo caso, esa es cuenta mía, y el que yo sea más o menos virtuoso, no es razón para que me impongan el deber de trabajar.

Sociedad. — Te engañas. Yo tengo derecho a contener al que ataca las bases esenciales de mi existencia. No puedes existir sin cierto grado de moralidad y de tu trabajo; tu holganza y tus vicios son un doble atentado contra mi existencia.

Si todos heredaran como tú, e hicieran igual uso de lo heredado, nadie podría vivir; un modo de ser que, generalizado, es imposible, que tiene como condición el privilegio y como consecuencia el perjuicio de todos, incluso del privilegiado, recibe el anatema de la razón y, tarde o temprano, recibirá el de la humanidad".

S. Correjón.

El rebaño de Panurgo

La eterna sombra del venerable Panurgo — quien parece fué pastor de rebaños — preside, por antiquísimo derecho y fuero inajenable,, desde la incomputable fecha remota en que los hombres dieron en la flor de acorralarse en grey compacta, toda espontánea reunión popular.

Y es tanto más la enorme fuerza congregativa y de opinión del viejo Panurgo, cuanto menos es la propia reflexión de los congregados, los cuales abdican de su autonómica personalidad en la misma medida inversa en que crece el número de los reunidos. El "individuo" se esfuma y al fin se pierde en cuanto se "junta", al punto de que cabe decir del público lo que el ingenio de la Torre Abad decía de los agujeros cuando los comparaba con Felipe II: cuanto más tierra les quitan, más grandes se hacen.

Quitad individuos a esa cosa amorfa, a esa entelequia imprecisa que se denomina "público" y veréis que sólo cuando al fin, en fuerza de quitarle y quitarle personas componentes, habéis logrado reducirlo a su mínima expresión, o sea a una sola persona, hallaréis "opinión pública". Es decir que la opinión pública aparece al punto en que el público opinante desaparece.

Es así, pues, que no hay opinión pública: lo que hay es una ausencia total de opinión pública. Tanto más ausente cuanto más presente parece.

Además, el público, tal como le entendemos, no existe. ¿Qué es el público? ¿Dónde reside? ¿Cuándo opina? ¿Quién le oye? Todo el mundo cree que el público son los demás. De suerte que si buscáis al público por eliminación individual—y así hay que buscarle, puesto que el público son siempre "los demás"—, os hallaréis con que el público se va desvaneciendo al paso que vais eliminando componentes del público—o sean individuos que dicen que son ajenos al público —, hasta que, a los postre, eliminados todos, se queda uno solo, en concepto de público, sin público y dueño y señor de su parecer.



El cura de Balbanera y su acólito se preparan para una farra en semana de Corpus Cristi en casa de Paulita.... que vive a media cuadra de la Iglesia.

Caridad y prudencia

(Tradición)

Cuenta mi queridísimo e inolvidable amigo Lavalle, en una de sus más preciosos consejos tradicionales, que allá por los años de 1814 una monja del monasterio del Carmen se escapó cierta noche para ir al teatro a gozar de la ópera italiana, representación que, por primera vez, se hacía en Lima. Realizó su escapatoria aprovechándose de que estaba en limpia el acequión o brazo de río que provee al convento, y cubierta la cabeza con pañuelo lambayecano, oyó, desde un "oculto" de platea, cantar a Carolina Griffoni "El barbero de Sevilla" del maestro Falsiello, pues Rossini no había aún escrito la ópera del mismo título, con la que ha inmortalizado su nombre.

Con ánimo entre regocijado y receloso regresaba la "dilettante", después de las diez de la noche, cuando al llegar a la Acequia de Islas se encontró con que los "tomeros" habían soltado ya el agua, lo que imposibilitaba la entrada al claustro para la monja melómana. En tribulación tamaña no le quedó a la desdichada otro recurso que el de dar aldabonazos a la puerta de la casa arzobispal, hasta que alarmado su Ilustrísima, que en esos momentos, concluída la colación chocolatesca, iba a acostarse en el lecho, mandó a abrir y que entrase la importuna. Después de revelarle ésta su cuita, y de escuchar humildemente la merecida reprimenda, el sagaz Arzobispo Las Heras, la hizo vestir la sotana, manteo y birretillo de su Secretario, encaminándose al Carmen con el improvisado familiar. Llegados al monasterio, dejó a éste en la puerta y, penetrando solo en la portería, ordenó a la portera que previniese a la comunidad que bajo pena de excomunión mayor, "ipso facto incurrenda", prohibía a las monjas asomar las narices fuera de las celdas, hasta que él tocara la campana convocando a coro. Alejada la hermana portera, dió su Ilustrísima entrada al fingido familiar.

Cuando, quince minutos después, se congregaron las monjas, el señor Las Heras dijo a la Superiora:

—Madre Abadesa, contad vuestras ovejas.

—Están completas, Ilustrísimo señor; veinte monjas y tres de velo blanco — contestó aquélla, después de pasar rápida revista.

—Bendigamos a Dios, porque ha resultado calumnioso un aviso anónimo que recibí.

Y con voz arrogante, entonó el "Te Deum laudamus", acompañándolo las monjas, que nunca supieron la verdad sobre lo que motivara la visita del Arzobispo en hora tan intempestiva.

Ricardo Palma.

LEY HUMANA

En un calabozo sombrío como una cueva, he visto en Roma una mujer que aguardaba. Habíanla condenado a muerte, y cuando vio que cavaban la fosa, esa mujer le dijo al Juez:

—Estoy en cinta.

El Juez le respondió:

—Sea; entonces esperemos.

En aquella mujer habíanse reunido la muerte y la vida, y con sus resplandores iluminaban ambas el espantoso calabozo...

¡Qué horror! A cada paso que daba la vida hacia el niño, la muerte daba otro sobre la madre.... Y ambas iban en la oscuridad hacia ella, la una encantadora, llena de sonrisas; sombría la otra, llevando ambas de la mano la llave de la cárcel y venían como fantasma de allá desde el horizonte....

Y si el niño por la voluntad de la naturaleza, hubiera podido hablar, habría dicho:

—¡Oh, ley, comienzas por matar a mi madre! ¡Oh, triste ley, sin ojos para ver esta amarga agonía!.... En vano la madre infeliz tiembla, se estremece y ruega a Dios; tú encargas a tu propio hijo que sea su matador.... Su sangre mancha mi cuna, que aún está vacía.... Hace que yo, el inocente, sea parricida... ¡Ay, la ley así lo quiere!...

¡Que una pobre madre desolada le tenga horror al instante en que su hijo nacerá bajo el azul del firmamento!

Y yo he visto eso.... Y también he visto que aquella miseria estaba allí, viendo cómo las horas volaban inexorables, escuchando en su agonía el doblar de las campanas, que decían: ¡Es justicia!, y sintiendo en sus entrañas removerse el cadalso......

Victor Hugo.

Tenía que suceder

Un joven que había adquirido la costumbre de blásfemar por la cosa más insignificante, entró de sacristán en una iglesia de provincia.

Cada vez que el cura oía tales palabrotas se indignaba contra el sacristán y aconsejó a éste, que en vez de ciscarse en Dios y en todos los santos y vírgenes de la corte celestial, que dijera esta palabra: ¡"maldito ratoncito"!

A las pocas horas de hacerle dicha advertencia, el rasca cirios rompió una copa y soltó el consabido "maldito ratoncito".

Nada dijo el **pater** al oir la nueva interjección y perdonó a su subordinado la falta de hacer añicos aquel objeto de vidrio.

Varias veces sucedía lo mismo en roturas y desperfectos, porque el tal sacristán se distraía demasiado mirando a las beatas haciéndose...... el pabote en dicha contemplación; lo que ocasionaba al cura bastantes perjuicios que no se los resarcía la frase "maldito ratoncito" que aconsejó al maula blasfemador.

Un día sucede que estaban de gran fiesta con misa cantada, órgano y demás jerigonzas que hacen en tales funciones.

Al pasar, el muy torpe sacristán de un lado a otro del altar mayor con todos los cachivaches necesarios para la consagración, como era joven, la pertinaz mirada de una rubia que estaba cerca, lo dejó patidifuso y trastornado, de cuyo abatata miento, dió un tropezón que fueron a rodar por el suelo, vino, vinajeras, corporales, patena, copón, caliz y ¡¡hostías consagradas!! sacrílegamente hechas pedazos contra el duro pavimento que no respetó tantas cosas santas, chocándolas sin compasión contra sí mismo.

El **sacrismoche** se asustó ante semejante catástrofe y repitió varías veces el estribillo milonguero que le enseñó su superior.

El cura entonces se acordó que era bastante boca sucia y le dijo enfurecido al **sacris:** "maldita sea tu madre, Cristo, la santa a quien sirves y el que te ha puesto en mi camino. ¡Mándate mudar!" acompañando a este mandato un terrible puntapié que le dió en "salva sea la parte".

Desde aquel día, el de las blasfemias contra los inocentes ratoncitos, está destripando terrones, que es lo que le conviene mejor que meterse a siervo del Señor.

Hay contagios terribles y fulminantes, y este sacristán se contagió de la enfermedad "enamoramiento" que padecen casi todos los curas, de cuyas resultas fué el gran calor que pasó en aquella inolvidable misa mayor.

Roque Romito.

Ataques a la libertad de imprenta

Siguen los atentados contra "El Peludo" en Posadas, decretados por el Intendente Municipal, a pedido del Cura de la capital del territorio de Misiones y con la más escandalosa aprobación del Gobernador del territorio.

A nuestras protestas, por el secuestro de "El Peludo" de que hemos informado a los suscriptores de nuestra hoja, ha respondido con un nuevo ataque a su circulación. Estos fariseos del caciquismo radical no se paran en medios para dificultar la propaganda literaria. Se han convertido en un Santo Oficio de la Inquisición hipolitista, y han ejecutado un auto de fé con "El Peludo". Reunidos el Intendente de Posadas, el cura y algunos sochantres en la plaza principal, ante una ridícula concurrencia de frailones y beatas, levantaron una hoguera y procedieron a quemar un gran paquete de "El Peludo" que habíamos remitido a nuestro Agente, para la venta, y le han prendido fuego.

Nosotros no atacamos a la religión, sino simplemente, llevamos al conocimiento del público los grandes crímenes, los abusos, los escándalos que a diario cometen los hombres de iglesia, las violaciones de niñas consumadas por los llamados ministros de Dios, los peligros del confesonario, en fin, las explotaciones de que son víctimas los infelices que caen en las garras de los pollerudos, y sólo por esto, el Intendente de Posadas nos prende fuego para satisfacer las pasiones del Cura.

Ellos son los inmorales que corrompen a las niñas, que van a confesarse, y después las llevan al matadero para realizar el milagro de la inmaculada concepción, y no "El Peludo", que sólo se limita a publicar esos atentados al pudor, para que la justicia del crimen proceda a investigar tales delitos. Y la justicia de la tierra, en lugar de proceder a encarcelar a los impúdicos, pone oídos de mercader a nuestras acusaciones, y deja en libertad a los grandes criminales.

Sufrirá prisión de 1 a 6 meses, dispone el artículo 161 del nuevo Código Penal, el que impidiere o estorbase la libre circulación de [illegible] periódico. En Posadas

el Intendente ha secuestrado nuestro semanario, sin facultad alguna, y debe sufrir, por consiguiente, la pena que merece, para que no se trabe la circulación de "El Peludo", que brega por la libertad y el bienestar de la clase oprimida.

Párrafos interesantes

¿Y qué le podría dar a mi pueblo, pregunto, que no sea lo que ya les dieron a otros pueblos?... Entre los paganos, el pueblo tenía circos; se los destruyeron, y donde había fiesta, hubo matorral. Tenía teatros; enmudecieron los poetas. Tenía escuelas; enmudecieron los maestros. Tenía templos que eran maravilla del arte; se los profanaron y robaron. Tenía estatuas de mármol inmortal; "se las mutilaron". Tenía bosques de paz en torno de sus templos; pusieron llama en los bosques sagrados. Tenía bibliotecas; se las redujeron a ceniza. Tenía una ciencia libre, que era para todos; la encarcelaron en los conventos. Tenía baños y limpieza; sobrevino el desierto para vivir y amar; se lo quitaron. Tenía confianza en las cosas de Dios, desde la vida hasta la muerte; pusiéronle el temor al infierno.

En España, más tarde, estuvo el moro, y con el moro las ciencias y las artes; lo arrojaron al moro. Pero había quedado un poco de tolerancia y de nobleza; fundaron la inquisición y el despotismo. Pero aún sobrevivía, siquiera mutilado, el pensamiento libre; encendieron la hoguera. Y en nombre de Cristo, subió en ofrenda al cielo el humo triste de los sacrificios humanos.

Y cuando fueron los dueños del mundo, ¿qué tuvo el pobre pueblo de la edad media, a no ser la esclavitud y la guerra? Las pocas libertades civiles y públicas proceden directamente del paganismo; y su restablecimiento fué obra exclusiva de la revolución francesa.

Y aquello es lo que quieren dar al pueblo de mi patria?... No ha de quererlo Dios.

Noto otra cosa... En el artículo siguiente al que motiva tu carta, el diario que no quiero nombrar, pide látigo para el pueblo, y funda su pedido en las Santas Escrituras...

¡Ah; Fueran más buenos, y se creyera en su bondad; dieran su pan al hambriento, y se creyera en su compasión; no injuriaran ni maldijesen, y se creyera en su misión de paz; no amontonaran oro en sus altares, y se creyera en su caridad; no llevaran mitras con pedrería ni trajes recamados, y se creyera en su humildad; no se saliera a rezar con clamor por las calles, y se creyera en su fé; no adornaran ídolos, y se creyera en su respeto a Dios!

Y ya sé que me dicen ateo, amigo mío, porque no lo tomo a Dios como hacen ellos y lo traigo y lo llevo para testigo de toda iniquidad: porque he puesto mi confianza en Dios por arriba de los astros, y no lo busco ni corporal ni tangible, sino que lo presiento, cuando la paz desciende sobre mi alma, como un Silencio de allí arriba, que es silencio también aquí dentro.

Arturo Capdevila.

Cierto religioso visitaba conventos en Amiens.

En uno de ellos le enseñaron ,entre otras preciosidades, la verdadera cabeza de San Juan Bautista.

—¡Alabado sea Dios! — exclamó el religioso; — con ésta son seis las verdaderas cabezas de San Juan Baustista que he besado.

¿De frío?

Ya lo habéis leído: un hombre joven apareció en la Avenida Alvear, en el aristocrático barrio salpicado de nidos linajudos, muerto por el hambre y por el hielo.

Esta noticia, como otras análogas, se disuelven en el montón informativo, o sirven a lo más de carnaza para entretener dos horas en el turno a los sociólogos de café con media.

Y, sin embargo, la figura de ese hombre desnudo, hambriento, agonizando entre sombras sobre un banco de piedras, símbolo perfecto del alma social, ¡cuántas reflexiones sugiere y cuantísimas atenuaciones incuba, frente a la lucha del hombre con los hombres, del sudra con los amos!

La Sociedad bajo la advocación del capital, ha sabido rodearse de leyes positivas con levadura histórica; no ha escatimado sables y fusiles que impongan esas leyes; ha proclamado por un resto de pudor el derecho a la vida para todos y la igualdad para todos del derecho; no hizo distingos con respecto a los asociados, extendió a todos las cargas y gravámenes el capítulo de deberes y obligaciones, lo mismo en la esfera del derecho privado que en la esfera del derecho público. No dijo: "Tú, desheredado; tú, humilde; tú, desvalido, no entrarás en mi reino, porque mi reino es de oro, es de sibaritismo y de opulencia.

"Para tí no habrá códigos protectores, no habrá piedad ni habrá justicia; tú serás una bestia para mí, un animal sin denominación en la escala zoológica, porque representas un estado de transición del bruto al hombre, o al rey de la creación, que soy yo y sólo yo, porque tengo posición, porque tengo dinero y tengo palacios y tengo automóviles y lo tengo todo.

Pero por lo mismo que te niego todos los derechos, incluso el derecho a que vivas, te eximo de todas las obligaciones, de todos los deberes y de todas las servidumbre. "La Sociedad burguesa no habló nunca así; es sobrado pobre siendo rica para ser valiente y para ser sincera. A sus crueldades y a sus infamias une la hipocresía y el engaño. Hace un reparto egoísta de derechos y de deberes, reparto monstruoso que engendra de hecho una tiranía y una esclavitud, reparto que subsiste gracias a la complicidad de una clase media ridícula, de un escepticismo suicida y de una fuerza inconsciente que sirve y obedece a quienes la desprecian porque la pagan.

Vibrará, sí, la cuerda del sentimiento colectivo cuando la obcecación y la locura realicen un acto de fuerza al parecer sin objetivo, difuso, innominado; hombres antes que pensadores, iremos con sugestiva obstinación al efecto y en el efecto veremos horrorizados la hecatombe, el cuadro negro con ribetes de sangre, la carne rota, el equilibrio social roto también un segundo por los efectos expansivos de una venganza ciega, cruel...

Pero esa vindicta pública que condena sin apelación, que falla en última instancia un proceso del individuo frente a la sociedad, no para mientes nunca en los otros procesos, en los grandes crímenes que a mansalva y en la más completa de las impunidades, la sociedad perpetúa en el humilde, en el de abajo, en el pobre joven que pereció muerto de hambre y de frío en la Avenida Alvear ..

Y mientras se establezcan esos distingos de un derecho lesionado u otro derecho negado mil veces, el derecho a la vida, decir que un hombre perece de frío será una mentira convencional, no por ser convencional menos mentira. Ese hombre como cien más perecen porque los asesina el desamparo, el egoísmo y la injusticia.

Puntos de vista

Desde la Patria del Plesiosauro.

Ciertos acontecimientos son, por su significado, motivo de análoga expectativa; ya en el seno mismo de su desarrollo, cual en las lejanas regiones donde su consagración esté llamada a reflejar sus efectos.

Tal es el caso que planteó el último proceso electoral, cuyas alternativas eran seguidas con marcado interés desde la Patagonia.

Hemos vivido por esos días, las horas de deleite que proporcionan hechos tan trascendentales y qué señalan,—para los hombres de compenetración meditada— la ecuación del porvenir de este país.

La sanción del comicio en la forma que está hoy constituído es soberana. Precursora de cambios sensibles para un futuro no lejano y que podrán producirse con un ambiente adecuado, impuesto por la sabiduría de la experiencia y, por ende, por la razón de los hechos.

Y será cuando ya no imperen las prácticas arbitrarias y sostenidas, a través de las épocas, por lides parlamentarias oligárquicas, las que, en su esencia y con sus escasas variantes, todas degeneran el principio democrático que se atribuyen inspirarlas, aunque nunca lo abrigaron.

Lo corrobora, además, lo que se viene operando en el Viejo Mundo, en el lustro que sigue a la extinsión de la hoguera humana—otra manifestación de las cosas mal dispuestas.

Por lo que, con cuanto antecede, entiendo haber definido un parecer l ógico y, al orientarme en los hechos europeos, estimo interpretar que ese acontecimiento debe primar sobre una tonelada de argumentos: vertidos o contemplados desde cualquier faz.

Julio J. Planes.

De Flamarión

La extravagancia humana de este planeta está dispuesta de manera que en lugar de llevar una vida tranquila, laboriosa, intelectual p feliz se suicida perpetuamente abriéndose las venas y arrojando su sangre en frenéticas convulsiones.

Ved lo que hace esa humanidad: escoge sus hijos más fuertes, los cría, los alimenta, los rodea de cuidados hasta la plenitud de su edad viril y luego los alínea metódicamente. Como no dispone más que de 35.525 días por siglo necesita acuchillar 40 millones de individuos, ni un solo día suelta su cuchillo degollando sin cansancio 1:100 diarios casi 1 por minuto, 46 por hora! No hay tiempo que perder, porque si por casualidad descansa un solo día, el trabajo se dobla al día siguiente y 2.200 condenados esperan su turno.

He aquí en qué se ocupan los hombres. Apreciemos dignamente ese alto grado de inteligencia por algunas comparaciones.

El cuchillo de Marte, saca sin tregua la sangre de las venas de la humanidad: y se han derramado 18 millones de metros cúbicos.

¿Qué añadiremos a ese cuadro incomparablemente menos repugnante que la realidad? Una sola observación: los diversos gobiernos de Europa matan por sí solos, por gusto, cada uno, más hombres que estrellas se ven en el cielo en la más clara noche.

De hecho el militarismo europeo, o sea el estado de paz con el ejército permanente, es la causa principal de la esterilización de los campos y la ruina de los países.

Los recursos ganados penosamente por los trabajadores no bastan ya hace mucho tiempo. Es necesario el empréstito, tomar prestado siempre y descontar el porvenir. ¡La deuda pública de Europa y de América se eleva hoy a noventa y ocho mil millones! Continua exagerándose y continuará hasta que todos los pueblos quiebren. ¡La deuda pública de las diversas naciones se eleva actualmente a ciento treinta mil millones que la humanidad se eleva a sí misma!... Ningún problema de astronomía es de esa fuerza y no hay observatorio comparable a una Cámara de Diputados

Y esas deudas, esos sacrificios, esos impuestos de todo género, ese aumento constante de malestar público, ¿a quién aprovecha? ¿para qué sirve? Para quitar brazos a la agricultura, para esterilizar la tierra, paa preparar el hombre universal y para matarse mutuamente.

¡Más aún! Nuestra inteligente humanidad no ha tenido gratitud hasta el presente más que para sus enemigos honores para sus verdugos, laureles para sus asesinos, estatuas para los que la aplastan bajo los talones de sus botas.

¿Qué deducir de ese examen? Podemos seriamente esperar que la humanidad reconocerá un día su necesidad que los pueblos alcanzarán la edad de razón y que la guerra infame acabara de mancillar este planeta cuando se hallen más ilustrados sobre las verdaderas condiciones de su felicidad? ¡No! Los hombres son así; tienen necesidad de amos, de verdugos y de desgracias. Se verá aún durante muchos años que noventa y nueve hombres sobre ciento, sentirán la necesidad de acuchillarse y el centésimo, que los tratará de locos, será considerado como un utópico. Suprimir todos los ejércitos del mundo? ¡Friolera! ¡Eso es imposible!

C. Flamarion.

Si ahora el gran Flamarion escribiese nuevamente la estadística, después de la masacre de la guerra europea, sería una cosa horripilante de leer: la gran obra de destrucción iniciada y efectuada por las hienas antagónicas de asesinos y piratas que componen los Estados de Europa.

Flores.

JUBILACIONES

La mayoría de los asalariados — por no decir todos — ansían con una marcada devoción de que la jubilación sea una realidad, porque desean que su vejez esté, económicamente, asegurada; sin percatarse que esa tal medida es, dentro de este estado de cosas, imposible. Muchos economistas y capitalistas han visto y comprendido de que no sólo es imposible, sino hasta irrealizable parcialmente, y se verían precipitados hacia la bancarrota de sus capitales, y también, del sistema económico estatal. Por eso es que vemos casi diariamente las oposiciones trabas, que oponen las compañías y empresas en general, a la realización de esa justa aspiración; y además, el método puesto en práctica por infinidad de empresas, etc., de suspender a sus empleados más antiguos por razones de economía, hasta nuevo aviso, reemplazándolos a los ocho meses; con personal nuevo.

!Demostraré ligeramente¡ P. ej.:

Tomemos un asalariado cualquiera y con un sueldo de $ 200, en números redondos. Y como al cabo de veinte y cinco años debe jubilarse, se le retiene pesos 20 (10 o|o). Imponiendo esa suma de $ 20.— a un interés anual de 5 o|o, durante los 25 años, obtiene un capital de $ 1.002.— y sumando otro tanto que aporte el patrón por su parte, tenemos pesos 2.004.

Ahora bien, elevemos esa suma redondeándola a $ 3.000.—, el cual por consiguiente constituirá la base (capital) de su jubilación. Y como el interesado debe recibir anualmente $ 4.400.— ($ 200 x 12), vemos palpablemente su imposibilidad, porque tendríamos que colocar los $ 3.000.— de base a un interés exorbitante (4.400 x 100 : 3.000 =146,64), el cual sería de $ 146,64 % (1), Entonces, para poder abonar esa jubilación, habría que recurrir a otras fuentes: gravar con impuestos los artículos todos, con patentes y derechos la propiedad y los útiles de transportes y de labores en general, reducir los sueldos o, en su lugar, impuestarlos con un tanto por ciento determinado, lo mismo que se hace con la renta. Y se comprende que si todas esas medidas se requieren tomar para un solo jubilado, ¿cuántas serían necesarias tomar para poder jubilar anualmente, dentro del aberrativo régimen presente, a los varios millones de jubilados del Universo? ¡He dicho Universo, porque claramente ven que repercutirá través de las fronteras; el Capital no tiene patria ni carta de ciudadanía!)

Otro ejemplo:

El Estado — y sea cual sea — vive — y vivirá mientras toleren su existencia — continuamente adeudado: con un déficit irreparable e irremediable, porque a más de mantener a infinidad de individuos ocupados en su complejo mecanismo improductivo, agranda anualmente su fondo de jubilación a costa del Pueblo productor, y por esa causa se precipita, quiera que no, al abismo: extinción.

(Pueden esperar sentados, sentaditos, todos los que aspiran a jubilarse. Algún día serán... ::¡Oh Dios mío! ¿cuándo?... cuando les llegue la hora, eternamente).

Manuel Frittas.

(1) Ese sería el tanto por ciento mínimo, pero como el Capital no produce nada si no es trabajado, forzosamente tiene que ser el porcentaje más elevado para poder hacer frente a todos los gastos necesarios a su colocación.

El Pensamiento

El cerebro atrofiado es una locomotora sin riel.

En un momento de crisis, oportuno para la divulgación de este concepto, aunque siendo ésta no muy extensa; será una labor que coincide con la función definitiva que reconoce mi corto conocimiento en el ambiente de la experiencia, que no ha naufragado dado a su block fuerte y opiniones sin átomos de mala reputación en el trascendental orden del pensamiento humano.

Con la instrucción propiamente dicha, he dado un vistazo hacia todas direcciones acompañadas de reflexiones generales apropiadas al temple y espíritu del joven envuelto en tiempos nuevos, levando sobre los escombros de desplomadas ideas por el grito universal, junto al espectral recuerdo de jornadas muy lamentables pero cuyos destinos serían resueltos por la justicia venidera de los pueblos.

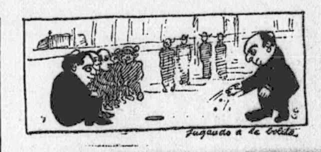
He podido apreciar que la falsedad y la hipocresía repetidas bajo mil formas diferentes y revestidas de fatuos hábitos, presentan a cada paso en el largo trayecto de la vida con sus más corrientes argumentos basados en adnatos y partícipes nociones elaboradas de conspicuos coloridos y aparentemente planteadas con soluciones satisfatorias, siendo en su profundidad falto de esas cualidades presentadas.

Teniendo en cuenta el análisis considerado en el carácter relativo y coherente al valor evidente que presenta el estado de inciertos y ajenos pensamientos; he inquirido la férrea importancia que éste mismo pensamiento ha hecho actualmente lo que otros hicieron en épocas diferentes. Ya os digo: las exhortaciones engañosas con selectos y fervientes ademanes y escojidas palabras envolventes, han sido la propia instrucción de los pueblos; pués al criticar una y otras ideas, al inmiscuir y enervar unos y otros temas, al recurrir al recurso ajeno y rebuscado, nuestra mente que escucha, cavila, deduce y compara el acierto de lo propiamente verídico, reacciona a su debido tiempo garantizando, ante la tenaz resistencia absurda, que conseguirá alejar el estado embrutecido.

Y es así, al meditar la mente, al trabajar el cerebro para resolver un problema ideológico; éste evoluciona rápidamente cual rayo y produce otro pensamiento, y por lo tanto proviene el progreso realizado por la revolución, evolución o girar del entendimiento.

Y de la nueva situación, para consolidar más las razones viene la inversión inmediata de la mente por los mismos que engendran y producen ideas...

Llevamos la mollera cargada de argumentos que nos parecen sólidos. Es preciso en algunos momentos o es necesario proceder al exámen de estos argumentos llevados con táctica en el desarrollo sistemático que adopta su faz no manifestada o no explayada ante otras. Llegan los instantes donde se plantean las bases presentadas en controversia. Deja de reposar el pensamiento para discurrir sobre los diferentes temas consolidando, así, sus principios; no dejándose (la mente so-



bria) llevar por aquellas hipócritas y falsas apariencias.

Fluye un pensamiento: el joven debe madurarlo, darle forma y contribuir a su desarrollo para constituir algo que de utilidad, laboraciones productivas adecuadas al temple del hombre luchador y emprendedor.

El pensamiento fulgura, pero no alumbra sino cuando despertamos de la conspicua inercia.

Ricardo Claudio.



Brindemos, píchón mío, porque Dios inspire al Apóstol Hipólito Irigoyen para que te haga Obispo de Río Blanco, y así gozaremos perpetuamente de la gracia divina!!

Separación de la Iglesia del Estado

ANTECEDENTES DE LA REVOLUCION DE MAYO — MONTEAGUDO Y RIVADAVIA.

No es muy abundante la bibliografía argentina en esta materia de las relaciones de la iglesia con el Estado, durante la época revolucionaria. Es menester, escrutar con gran paciencia en los pocos libros que existen, para poder desentrañar el fondo de las acciones y reacciones que constituyen el proceso, por decirlo así, de la lucha entre el pensamiento liberal que nació con Moreno, y la influencia fanática y dominadora del clericalismo que surge con el triunfo de la política conservadora de Saavedra.

En el caos de la administración de aquellos tiempos, es natural, que los documentos relacionados con la Iglesia, sean insuficientes, para juzgar, con precisión el valor y la intensidad de los acontecimientos en que las facciones y partidos que se disputaban el poder, estaban envueltos.

Sólo es posible estudiar los antecedentes con un criterio especial, para apreciar los hechos en términos generales, á fin de llegar a conclusiones satisfactorias.

En mi artículo anterior he recordado la forma en que fué instituida la Logia Lautaro en Buenos Aires y como fué reorganizada por el general San Martin, unos años después, en Mendoza.

Nuevamente encontramos su misma organización en el Perú auspiciada por San Martin, para vigorizar la campaña libertadora, proteger la seguridad común, y difundir los principios liberales.

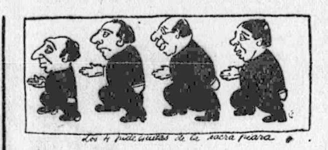
Mitre refiere que la logia Lautaro debe su origen a la asociación secreta que formo Miranda en Londres, a la cual se afiliaron San Martin, Alvear, Zapiola y muchos otros sud-americanos que a la sazón se hallaban allí, así como Bolivar, quién presto juramento ante el mismo Miranda, antes de regresar a Venezuela. De este modo San Martin y Bolivar quedaron ligados por un solemne juramento para combatir por la emancipación sudamericana. La historia ha juzgado ya, de que distinto modo, ambos libertadores cumplieron su juramento.

San Martin al llevar su expedición libertadora al Perú para destruir el ejército realista, se propuso también fomentar la rebelión general del país, estimulando sus fuerzas morales y preparando, secretamente, el gran movimiento emancipador de todo el Perú.

Mientras el ejército libertador ejecutaba los planes militares del general en jefe, hasta que se declaró la independencia, la Logia Lautaro, le exigió a San Martin que asumiera la administración general del Perú, por que no contaban con ningún hombre de pensamiento ni de acción capaz de ponerse al frente del gobierno. Con alguna violencia aceptó San Martin, el encargo de gobernar al Perú, y manifestó que hacía ese sacrificio por poco tiempo, pues, estaba resuelto, antes del año a retirarse a la vida privada, como la prueba la siguiente proclama que dirigió al pueblo.

Al encargarme de la empresa de la libertad de este país, no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la causa sagrada de la América y de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de mis deseos se ha realizado ya; pero la obra quedaría incompleta y mi corazón poco satisfecho, si yo no afianzara para siempre la seguridad y la prosperidad futura de esta región. "Después de expresar que la experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas, le habían hecho conocer los males que ha ocasionado la convocatoria intempestiva de congresos, cuando aún subsistían los enemigos de esos países, termina diciendo. — "Cuando tenga la satisfacción de renunciar el mando y dar cuenta de mis operaciones a los diputados del pueblo, estoy cierto que no encontrarán en la época de mi gobierno rasgos de venalidad, despotismo y corrupción".

San Martin cumplió prudentemente sus



promesas, como lo demuestran los actos de gobierno que ejecutó.

Nombró ministro de hacienda al Dr. Unanue, ministro de Relaciones Exteriores, a García del Río, y de guerra y marina a Monteagudo. Estos dos últimos habían sido sus secretarios durante toda la campaña.

Monteagudo se había destacado desde los primeros momentos de la revolución, iniciada en Chuquisaca el 23 de Mayo de 1809. Pasó a Potosí donde lo pusieron preso y lo enviaron a Buenos Aires. Aquí su pluma acerada y revolucionaria tuvo un gran influjo en el movimiento de las ideas democráticas y de los principios liberales.

Escribió en el periódico "Mártir o Libre", cuyo sólo título daba a conocer las teorías y los sentimientos que dominaban en el alma de Monteagudo; también tomó parte en la redacción de otros periódico como "El Independiente", "El Grito del Sur" y la "Gaceta", que fundó Moreno, la que había perdido mucho del brillo y del estilo enérgico del gran tribuno de la revolución de Mayo. Monteagudo, prosigue la obra trascendental de Moreno, en el periodismo de Buenos Aires, y promueve elocuente y celosamente las medidas de la reforma sancionada por la Asamblea de 1813, al par que difunde sus ideas democráticas y sus profundas teorías liberales. En 1815 se ausentó de Buenos Aires y emprendió un largo viaje al extranjero, de estudio y de observación para regresar en el año de 1817. Inmediatamente se puso al servicio del ejército organizado por San Martin, con el cargo de auditor de guerra. Lo acompañó a Chile y luego al Perú, siempre al lado del general en jefe, participando en los peligros de tan dura campaña.

En el Perú prestó grandes servicios al progreso de las ideas y de la instrucción pública. Se le considera el príncipal fundador de la Biblioteca Pública de Lima. Inspiró y redactó el decreto que organizó el primer establecimiento literario de Perú, en aquella época. Todos los historiadores que han estudiado la obra de Monteagudo, declaran que lo que hizo en el Perú basta para que se le considere como uno de los primeros estadistas que ha producido la America del Sud, y que su carácter, en la lucha por el triunfo de los principios revolucionarios, la elegancia de sus escritos, el temple de su espíritu y su pasión por la libertad, se revelan en los decretos que dictó su ministerio y en los escritos que redactó como secretario del general San Martin.

En el Perú, los altos dignatarios eclesiásticos obedeciendo a la encíclica del Papa, emprendieron un activo movimiento reaccionario, contra la independencia, sembrando el odio y la cizaña entre el populacho. El Arzobispo de Charcas, los obispos del Cuzco, Maynas, Huamanga y Arequipa fueron los promotores de la reacción y eran los defensores más ardientes del poder realista. Su temeridad llegó hasta resistir la orden de San Martin de clausurar, temporariamente las casas de ejercicio de las mujeres. Fué necesario enviarle los pasaporte para que el Arzobispo de Lima se fuera a España, donde pensaba quejarse de la persecusión de que protestaba, como si el orden público estuviera a merced de los prelados.

Florencio J. Garrigós.

SERENIDAD

Juan y Marieta, sentados en deliciosa soledad en un banco tosco, arrimado a la pared blanca de la casa de esta última, muy cerca el uno del otro, hasta rozarse las ropas y entrelazarse los dedos, gustaban en el fondo de sus almas ingenuas los lánguidos y tiernos encantos de la pasión ya dueña absoluta de ambos. Los buenos muchachos nada sabían de las cosas que desvanecen los brillantes espejismos de la ilusión. Sentíanse felices porque se amaban y porque eran jóvenes y sanos. Muy poco concebían del bien y del mal; obra mágica tal vez del buen dios del amor.

Dialogaban a media voz, con acento entrecortado, sin recursos de expresiones, tranquilos, sumisos, con la mirada tímida y el gesto humilde. En el brocal del pozo revoloteaban agresivas y celosas las palomas caseras. El caballo de Juan, gordo, el pelo lúcido, mordiscaba en libertad la gramilla del patio, agitando la cola y haciendo temblar sin descanso las paletas y el cuello para librarse del fastidio de las moscas. Las gallinas escarbaban la tierra cerca de las patas del corpulento animal; un gallo encelado, perseguía una polla abriendo las alas y estirando el pico. Al fondo y a los lados, en el jardín, que la nueva estación animaba, el duraznal en flor daba al cuadro un tinte de ensueños, con la magnificencia del rosa pálido de sus flores, entre las cuales se insinuaba el verde adolescente de las hojas.

La tierra muy verde, de un azul purísimo el cielo y el aire muy suave. El horizonte pampeano, a la luz del sol poniente, se cubría de dorado esplendor. Reinaba en la llanura un silencio deleitable, preñado de atractivas dulzuras, que enternecía el alma y que parecía extenderse, a traves de los campos desiertos y recién sembrados, hasta los confines de la tierra.

Los hermanos de Marieta, a la derecha de la casa, terminaban la siembra del maíz. Su madre merodeaba por los alrededores de la quinta, en busca de huevos de sus andariegas gallinas de Guinea.

Sumidos Juan y Marieta, en esa especie de abandono que, en el campo, a dos jóvenes que se aman les hace soñar que ellos son los únicos puntos sensibles de la naturaleza, pensaban solamente en la dicha de poseerse, ajenos a las convenciones del mundo y a las contiendas de los hombres.

Allá lejos, en el camino real, el sargento de la comisaría del pueblo, acompañado de dos mílicos, preguntaba a un colono de los alrededores, que se dirigía a la estación en su jardinera, acerca del paradero de Juan. Tenía orden el sargento de llevarlo preso a éste por infractor a la ley de enrolamiento y por no haberse presentado a la comandancia del distrito para luego incorporarse a las filas del ejército.

E. Pirovano.

EN MARCHA

Sopla, frío, el viento del sud. Siento que se me pasman las orejas y el mentón, y que mis ojos están húmedos.

Déjanse caer los cachirlos en la tierra arada de los costados de la vía del ferrocarril, por cuyo sendero angosto acelero el paso. Tienden sus redes los cazadores de pájaros, en un potrero alfalfado que verdea a mi derecha. Cercano se oye el bullicio de los jilgueros y uno que otro silbido de los zorzales. Avanza por el camino vecinal, una jardinera tirada por un caballo blanco, y que maneja una mujer vestida de rojo.

Limpio el cielo, pura la admósfera; vense hasta muy lejos las casas y los árboles, éstos últimos de ramaje desolado, a causa del invierno, que aún persiste.

El frío parece infundir bríos en el cuerpo y en el alma.

El Ideal toma fuerzas. Aprieto, con energía, en la mano, los periódicos que prometí llevar a los trabajadores que estarán reunidos, allá, en la casilla del guarda-barrera. Hay noticias auspiciosas para esos camaradas anárquicos que ansían enterarse de los sucesos que van minando cimientos de este abominable régimen social...

E.P.



El cura Malagamba y su acólito Cordero, llevan la extrema unción para un fanático que ha testado en favor de frailes para ayudarlo a morir más pronto.

La farsa de la confesión

Hablemos algo sobre el secreto de la confesión.

Entre católicos, es verdad incontrovertible que el sigilo sacramental nunca es violado, que la Iglesia tiene tomadas todas sus medidas y establecidas severísimas penas; que es muy raro, rarísimo, que haya un sacerdote tan perverso que cometa esa maldad sacrílega, etc., etc.

Fiado en esta doctrina, el mundo católico se lanza al confesionario y allí... vacía el costal de sus culpas, abre su corazón y entrega la llave de sus recónditos escondrijos.

Los sabios católicos se hacen lenguas de la prudencia de Cristo y su Iglesia, al confiar el ministerio penitencial sólo a los hombres, y refieren la consabida anécdota de Santa Teresa que dejó escapar el pajarillo oculto en una caja.

Pero yo, que me precio de conocer algo a los hombres y de atreverme a investigarlo todo, preguntó sin rodeos: ¿es merecida la fama de prudente y reservado que goza el sexo feo? ¿Carece de pasiones? ¿Es ajeno a la curiosidad? ¿No puede perder natural o artificialmente el juicio?

Por aquí, si bien se reflexiona, se verá que no es tan inviolable el decantado sigilo. Pero no es eso todo; si se examina la disciplina de la Iglesia se verá que ésta lo garantiza muy poco.

Hé aquí lo mas notable que enseña sobre este asunto.

En primer lugar, Cristo, al instituir la confesión, nada dijo del secreto. La confesión fué primero pública, y luego, cuando se vió los males que producía, fué auricular y secreta, y de aquí el sigilo "para no hacerla odiosa". El confesor y todos los que por .malicia o impremeditación escuchasen el relato o viesen los pecados escritos en "memorándum", y los que oyesen a un confesor malo revelar el sigilo, están obligados a guardarle. Esta obligación no tiene otra fuerza que la del secreto natural, que nos obliga a todos a callar lo que el prójimo nos confía o sabemos que no quiere publicar.

Pero después la Iglesia enseña: 1.o que si el confesor u otra persona sabé los pecados por otro conducto después de haberlos oído en confesión, ya puede publicarlos sin quebrantar el sigilo sacramental: 2.o, que puede preguntar y el penitente debe manifestarle las circunstancias "notablemente agravantes, la reincidencia y el estado ó condición de los cómplices", por donde puede muy bien deducir sus nombres.

Entre las cualidades que deben adornar al confesor, la última que exige es el sigilo, como la menos importante.

Las penas establecidas contra el sacerdote locuaz son: deposición del oficio y encierro en un monasterio; pero ha de ser después de proceso canónico y sentencia firme, lo cual es muy raro. No hay excomunión ni es pecado reservado al Papa; no es delito sospechoso contra la fe, y se considera como efecto de locuacidad e inconsideración. El que lo comete no debe ser denunciado al Santo Oficio.

Esta es toda la garantía que ofrece la Iglesia, muy poca en verdad. En la práctica la cosa es mas escurridiza.

Los obispos permiten que sus sacerdotes les manifiesten las cosas enormísimas que oigan en confesión, y bien sabido es la facilidad con que se tiene por crimen enormísimo cualquier bagatela. Casi todos los clérigos preguntan a los penitentes los nombres de sus cómplices y muchos los obligan de mil modos a manifestarlos.

He conocido un obispo, el cual contra lo que es costumbre solía sentarse en el confesonario. Allí preguntaba nombres propios y luego obraba en consecuencia.

Varios fueron castigados, y muchos secretos descubiertos por este medio. ¿A qué extremo llegaría el abuso que hubo serios disgustos en la ciudad de Cuenca, donde estaba el tal prelado y el obispo que sucedió al referido, mandó destruir el confesonario que ocupaba su antecesor, y el no confesó a nadie mientras rigió aquella diócesis?



Instantánea. — Un devoto que carga un tabernáculo de la sagrada Eucaristía, se despatarra bajo el peso de tan divina carga!

He vivido en paises lo más levíticos, donde el sigilo sacramental es letra muerta, y al saber que había un sacerdote forastero, las mismas beatas y otras muchas gentes corrían a mi confesonario, se desahogaban y muchos me decían que era porque de los curas de allí nadie podía fiarse. En afecto, cuando ellos tuvieron confianza conmigo, me refirieron vidas y milagros de sus confesadas y de las mías, o hablaron de un modo tan indiscreto, que pude muy bien deducir lo que apenas callaban.

Todo el que haya estado en colegios religiosos o conventos, sabrá que lo que se confiesa se sabe, y mas de uno habrá sido castigado por causa de la confesión. Los jesuitas ,sobre todo, son una especialidad para esto. Las prioras o superioras de colegios de niñas, es sabido que se enteran por los confesores de la índole de sus alumnas, y que obran en consecuencia; esto me consta, porque he experimentado algo.

He tratado con sacerdotes dados al vino, habladores o necios, que dejaban adivinar, sobre todo en localidades pequeñas, cuanto oían, y también los he conocido perversos e infames, que se han valido de la cnfesión para fines criminales.

Muchos sabrán que en la famosa sociedad de la Garduña, además de nobles, obispos, familiares de la Inquisición, frailes, monjas, damas, jueces y otras gentes; que a ella pertenecían y de sus robos participaban, había sacerdotes que, valiéndose de la confesión, sabían lo necesario para que luego otros verificasen los robos.

Y aunque el hombre no sea un malvado, a lo mejor las pasiones... Yo me acuerdo de un monaguillo a quien sedujo el ama de cierto cura: llegó el Jueves Santo y el muchacho confesó su pecado con el cura en cuestión. Obligado estaba él a callar y producirse como si nada hubiera sabido; pero si algún enamorado me lee, comprenderá que hay cosas superiores a las humanas fuerzas; el clérigo empezó a mirar mal a su ama y peor al monaguillo: ven! ¡Pobrecita! ¡Parece un ángel! y go lo fué ella, después... de saber la verdadera causa de su desgracia.

Y que algo, o aún algos ha ocurrido en todo tiempo, lo prueba la misma teoría llamada entre curas "la integridad moral", por la cual el penitente puede callar ciertos pecados, si sabe que el único confesor de que dispone por el momento, ha de decirlos u obrar en consecuencia, con peligro de su honor, de su vida, o la del penitente.

Constancio Miralta.
Presbítero

Memorias de una monja

Una toma de hábito

Cerca de dos años llevaba yo de vivir siempre tranquila, como he dicho, en la casa de mi tía, y ya estaba acostumbrada a aquel pasar monótono, en medio del cual empezaba a encontrar encantos según iba recobrando mi antigua jovialidad, cuando sobrevino el susodicho acontecimiento que imprimió a mi ser el rumbo que menos esperaba.

Uno de dos frailes que visitaban nuestra casa,el menos estimado por ella aunque era el que más provecho obtenía de su dueña, invitó a ésta con gran insistencia y pesadez a presenciar la "toma de hábito" que iba a celebrarse en el convento de don Juan de Alarcón de esta corte. La joven aspirante a la vida religiosa, era hija de confesión del fraile aquel tan pesado, que a todas horas elogiaba las prendas, virtudes y belleza de su filotea.

Por no oirle repetir más su petición, accedió a ella mi tía, no sin cierta repugnancia. Le gustaban poco las funciones largas, y ya sabía ella que una toma de hábito no duraba menos de dos horas y media, cuando no tres.

Yo misma la excité, bien lo recuerdo, a buscar un pretexto cualquiera, o ninguno, para no asistir; y cuando la víspera del día señalado estábamos discutiendo las dos, (la hermana mayor de mi tía era ya finada), sobre cuáles vestidos convendría llevar al solemne acto, aun le dije con mimo a'la anciana:

—¿Qué fastidio, "tiita", pasar más de dos horas dentro de la Iglesia en día de trabajo!

Pero no podía yo dejarla ir sola. Llegada la fatal mañana, nos vestimos despacio, y acompañadas de Lucía, la concella cuarentona, llegamos al templo minutos antes de empezar la extraña ceremonia.

No describiré, y seguramente lo haría mal, una Iglesia, ni chica ni grande, ni fea ni bonita, que nada tiene de particular más que el cuadro de Juan de Toledo, con su "Purísima" descomunal y gigantesca; otro lienzo representando a San José dormido, obra de algún mérito; un San Antonio, que como prodigio de atrevida estática es a los santos de madera lo que el Felipe IV de la plaza de Oriente a las estatuas de bronce sitas en lugares públicos; varios retablos dorados churriguerescos de lo más abominable, y algunas imágenes menos que medianas.

Todo esto lo estuve apreciando distraídamente, y ya empezaba a llamar muy bajito la atención de mi tía, cuando sentimos un gran murmullo, ruido de sillas que se movían detrás de nosotros, pasos y exclamaciones de éstas:

¡Preciosa! ¡Divina! ¡Mírala qué joven! ¡Pobrecita.! ¡Parece un ángel! y otras semejantes que salían de entre la concurrencia, en su mayoría femenina.

Volvimos y vi que el público había hecho un vacío por el centro de la nave, dividiéndose como el mar Rojo al paso de Israel. Por aquel espacio venían la cruz en medio de los ciriales, detrás un buen número de clérigos revestidos, y junto al

preste... ¡ah! ¡qué visión tan encantadora y angelical!

Era una joven que no pasaría de veinte abriles, de regular estatura, rostro de azucena, matizado en las mejillas con suaves tonos de rosas; nariz fina y recta, boca de una gracia admirable, tan proporcionada al correcto óvalo del semblante, que no podía imaginarse otra mejor; y en cuanto a sus ojos, pardo obscuros, casi negros, no puedo expresar con palabras su belleza.

Al pasar junto a nosotras lanzó, casualmente, en nuestra dirección una mirada, que cayó sobre mí, haciéndome el efecto de repentina descarga eléctrica. No había visto jamás ojos como aquellos bajo el arco suave de negras cejas, ni mirada tan dulce, insinuante y a la vez profunda. Si así miraba distraída aquella niña, ¿cómo lo haría sobre un ser amado?

Han transcurrido bastantes años y aún conservo la impresión de aquel momento. Recuerdo que oí a mi tía murmurar:

—¡Gentil madamita, por vida mía! ¿Y la van a enterrar en este caserón destartalado? ¿La roban a la familia, al mundo y al amor en edad tan tierna? ¡Jesús, hija! Estos frailones son capaces de todo, ¡y cómo quieren comérsela con la vista! ¡Quién no os conozca!... Pero, ¡esa madre! ¿No llora, no se muere al ver enterrar viva a su hija? ¡Quién sabe si su belleza le hará sombra!...

Yo apenas escuchaba estas exclamaciones del sano romanticismo liberal profesado constantemente en mi familia; estaba observando con rápida avidez ¡mujer al fin! el traje de la preciosa doncella.

Y era vestido ridículo e impropio del acto, que, sin embargo la embellecía; ¡un vestido de baile! corte algo anticuado y "demodé", hecho de raso blanco por el figurín nada bello de entonces con su sobrefalda de bullones y cogidos, su cola desmesurada y tan poco vuelo, que al andar se delineaban demasiado las formas esculturales de la joven a pesar de los encajes y de otros adornos.

Sobre el blanco de la tela destacaban las alhajas, también impropias de una soltera; gran collar de perlas, estrepitosos pendientes de oro con brillantes, piocha de buen tamaño... todo un aderezo riquísimo; y sobre aquel exagerado atavío, un largo velo de tul blanco sujeto a la cabeza con una corona de rosas blancas...

Perdónenme los hombres que me lean, este deslabazado esbozo de aquella figura aún no borrada de mi memoria; en nosotras estos detalles son cosa de excepcional valor y además estoy refiriendo el acto que decidió de mi vida entera.

No dejé de seguir con la vista a la heroina de aquella solemnidad, hasta que después de haber hecho breve oración ante el altar, rodeada de curas como una tórtola de aves de rapiña, sacáronla por una puerta lateral, para introducirla en el claustro. Si no hubiera sido por el peligro de disgustar a mi tía y perder el sitio preferente que ocupaba yo a su lado, habría seguido a la monástica Sulamita en todo aquel camino, pero me contuve; ya la vería aparecer en el coro radiante de hermosura.

TERESA

Sinceridad y compañerismo

Señor director de EL PELUDO.

Estimaré inserte estas líneas en su semanario cuya substancia es como dice el título.

Un compañero ácrata, socio de un constructor, al pedirle trabajo de peón de albañil, me contesta de este modo:

"Tengo peones sobrantes; le convendría buscar trabajo en otra parte saliendo de este pueblo".

Está bien que no perjudiquen a otro como yo para favorecerme a mí, pero eso de "salir del Tandil para trabajar de peón de albañil en otro punto", lo manifestó de una forma muy poco satisfactoria entre compañeros que defienden la misma idea y que nos hemos conocido en una asamblea de albañiles y anexos, lo que nos da cierta confianza para favorecernos en caso de buscar trabajo. En cambio, hay algunos que no responden y son desleales cuando ocurre hacer causa común para defender nuestros intereses y a esos se les dispensan favores que a los leales nos niegan.

No pido una injusticia para ningún trabajador, pero por lo menos que entre nosotros haya mas ayuda mútua, más sinceridad, solidaridad y compañerismo.

Le saluda un lector de EL PELUDO cuyo nombre responde a estas iniciales.

A. S.

Tandil, 22 Mayo 1922.

Compañeros: Sed unidos y buenos unos con otros. Es el consejo que os dá.

J. J. Centenari.





DIALOGUITOS

Callejeras

—¡Adios!, mina papirusa
percanta de mi ilusión
acriolladita la rusa
por su pasito e gorrión.
Con pollerita cuadrada
y hebillitas al costao
medias de seda ahujereada
y zapatito afelpao.
. . . .
—¿Lo ha improvisado recién
o se lo traía estudiao?
. . . .
—Que me caiga bajo un tren
reciencito lo he inventao;
yo soy el fraile Viruta
el famoso ....
que improvisa a la minuta
para declarar su amor.
Soy un campeón en el tango
soy el rey de la payada
soy el fraile del fandango
e inventor de la quebrada.
—Pare el coche sotanudo
que no lo puedo atender
si atropella así tan fiero
no me puedo defender.
Está muy bien que Vd. sea
el non plus ultra de todo
pero, ¿qué es lo que desea
para hablarme de ese modo?
. . . .
—¡Cha digo!, que estoy metido
que me tiene trastornao
que está muy solito el nido
que para Vd. he preparao.
. . . .
—Entonces chao, Viruta
¡estampa de Martín Fierro!
se lo digo a la minuta
a otro güeso con el perro.

A los amigos de "El Peludo"

Hacemos presente a los compañeros que nos envían colaboraciones para publicarlas en este semanario, que no nos es posible dar gusto a todos inmediatamente por los muchos escritos que nos llegan de todas partes, los que tenemos encarpetados por riguroso turno, hasta que les llegue el día de ver la luz pública en letras de imprenta si responden a la propaganda que sustentamos.

Amigos: Han de tener en cuenta que EL PELUDO es la única revista que se publica de esta clase; no solo en América del Sud, sino en el mundo entero no encontrarán otra de igual índole. Que conste.

Y siendo así sucede que nos llegan también colaboraciones y escritos de todas las naciones extranjeras de habla castellana para darles publicidad cuando se pueda, y otras muchas más de otros países que no entendemos ni jota, porque no somos políglotas, y las tenemos que dar a un traductor el que nos cobra un ojo de la cara por ser para EL PELUDO; que tratan los retrógrados de todas las castas y pelajes de dejarlo hasta sin cáscara.

Pero como confiamos en la buena voluntad de los compañeros, este animalito no morirá hasta que consiga lo que desea: Una humanidad sin ninguna clase de plagas sociales.

Tengan, pues, paciencia, cuantos quieren ver sus pensamientos e ideas publicados en este semanario.

Os saluda fraternalmente.

El secretario de EL PELUDO

Brutalidades policiaco frailunas

Un valiente y convencido compañero del Rosario, nos escribe lo siguiente:

Señor director de nuestra favorecida revista "EL PELUDO.

Molesto un poco su atención para decirle hasta que punto llegan los atropellos de algunos sicarios inquisitoriales disfrazados de curas y policías,

Viajando en un tranvía de la línea número 4 en esta ciudad, ví que se acercó un ensotanado a una joven que iba leyendo EL PELUDO y le preguntó: ¿Usted lee esa revista? No haga caso de lo que dice porque ese condenado quiere vivir a expensas de las verdades que publica de curas, frailes, monjas y demás gente menuda de la beatería clérico-fanático-católica; y si he de serle franco, señorita, esas cosas tan ciertas nos hacen ronchas a los que nos vestimos por la cabeza como las mujeres.

La compañera de EL PELUDO, le contestó: ¿Y qué pretenden ustedes con sus mentiras?

Y el otro dijo: bendecir el mundo y vivir de la trampa religiosa a costillas de los zonzos.

¿No es eso corromper la humanidad en vez de bendecirla? dijo ella.

En este momento sube al tranvía un policía, ignorante sin duda de todas las leyes humanas y divinas, morales y sociales, que nos enseñan respetar a la mujer sea cual fuere. (No habrá tenido madre y en este caso habrá que disculparlo).

La cuestión es, que el mandria del pollerudo le dice al agente que nuestra compañera de trabajo y de ideas era una holgazana y mujer peligrosa. Salgo en defensa de nuestra hermana en explotación y sin más trámites el polizonte sin alma nos lleva a la comisaría donde hemos permanecido treinta y seis horas dándonos un castigo que no merecíamos.

Aviso a los lectores de este semanario para que se cuiden de tales alimañas; el uno, esclavo de su ignorancia; el otro un pillo de siete suelas que olfatea se acerca el día de la cremación de las baratijas inútiles que la ciencia rechazó hace tiempo del mercado del mundo.

F. LOPEZ

LO QUE CANTÓ UN LOCO Y SINTIÓ ... DON QUIJOTE Y SANCHO

¿Quién nos devora en la tierra?
La guerra.
¿Quién nos lleva a ese infierno?
El gobierno.
A defender, ¿qué intereses?
Burgueses.
¡Ah! mis esperanzas crecen.
Pues con un golpe profundo,
Desaparecen del mundo
Guerra, gobierno y burgueses.

¿Respetaré a dios y reyes?
Ni sus leyes.
¡Qué! ¿no existe dios por ventura?
Los curas.
¿Quién nos tiene en este abismo?
El fanatismo.
Entonces ya no es el mismo,
Se aclara mi entendimiento,
Desaparezca al momento
Leyes, curas y fanatismo.

¿Quién mejora la existencia?
La ciencia.
¿Qué leyes son las más puras?
Las de la Natura.
¿Y quién a los hombres guía?
La Anarquía.
Pues muera la tiranía
Del gobierno y del vil clero,
Y substituya al dinero,
Ciencia, Natura y Anarquía.

¿Nuestro ideal lleva un fin?
—Kropotkin.
¿Y en las dudas, quién me orienta?
Malatesta.
¿Y a qué semanario acudo?
Al PELUDO.
Es verdad, pues ya no dudo
En nuestra liberación
Llevando en el corazón
Kropotkin, Malatesta y el Peludo.

Cecilio Fernández.

Mendoza Mayo 1922.

JOCSINA DE MALAGUEÑO
Para "EL PELUDO"

¿Ves el orgullo que ostenta
El avaro millonario
Y ese lujo estrafalario
Que sobre su cuerpo sienta?
Se lo debe a la herramienta
Del obrero que trabaja
Y aún cree que se rebaja
Hablando a quien se lo debe
Para que luego se lleve
El dinero en la mortaja

Juan Récora
"El Duende".

Mayo de 1922.

Nuevo Código Penal de la República Argentina

Capítulo V. - Delitos contra la libertad de la prensa

ART. 161. — Sufrirá prisión de uno a seis meses el que impidiere o estorbase la libre circulación o venta de un libro o periódico. Será castigado con la misma pena el funcionario policial que procediere al secuestro o prohibición de la venta de un libro o periódico sin estar autorizado por Juez competente.

A NUESTROS AGENTES:

La nueva Ley es terminante. Ninguna autoridad policial puede, en lo sucesivo, prohibir la venta de nuestro semanario sin exponerse a una acusación criminal. ¡A vender pues PELUDOS por los cuatro vientos, sin temor de ninguna especie!

Agradecemos a nuestros Agentes, que le envíen a cada comisario de campaña, un ejemplar de EL PELUDO, pues entre ese elemento existen aún montones de brutos e ignorantes, que no saben lo que quiere decir "Ley".

JOYAS DE NUESTRA LITERATURA CRIOLLA

UNA MENTIRA

Tan copiosa como intempestiva lluvia de verano aguó la gran carrera concertada entre el bayo de los Facúndez y el tostao de Menchaca.

Desde el jueves había empezado a llegar concurrencia, y el improvisado pueblo de carpas que rodeaba el edificio recio de don Manuel Figueiras, no daba abasto para servir y albergar a los forasteros.

El tostao y el bayo eran los dos campeones del pago, vencedores en todas las pruebas a que fueron sometidos; y como ya no había competidores para ellos, sus respectivos dueños decidieron trenzarse en sensacional carrera.

Grande fué la emoción que la noticia produjo en la comarca. Hasta la cátedra quedó desconcertada. Interrogado el viejo Linares, — la mayor autoridad en la materia, — expuso ambiguamente su opinión:

—No sé. Los dos son ligeros, y juertes como caña brasilera. Se van a encontrar Topate con Toparías. El bayo me gusta, el tostao también, pero más fe le tengo al otro.

—¿Cuál otro, si corren mano a mano?

—Yo sé lo que digo.

Y no dijo nada más.

La expectativa crecía y general fué la consternación cuando el aguacero iniciado en la media noche del sábado y proseguido sin interrupción hasta cerca del siguiente mediodía, convirtió la cancha en un barrizal, obligando a suspender la carrera, que quedó aplazada hasta el próximo domingo.

Sin embargo, los concurrentes, muchos venidos de muy lejos, resolvieron pasar la semana allí, metiéndole al naipe y a la taba, a la ginebra y la caña, a las tortas fritas y al café de porotos.

Entre las carpas, la preferida por los "chaludos" era la de la "china Usebia", quien acaparaba la mejor clientela por la fama de sus chorizos y pasteles, y quizás más que por el atractivo de esas golosinas, por la provocadora belleza de sus hijas, Jesusa y Apolinaria.

En la noche del domingo, la carpa de la china Usebia, con ser muy grande, estaba atestada de gente, hasta el extremo de que las muchachas en la imposibilidad de saber quién les daba un pellizco, abofeteaban al cliente más a mano:

—¡Si yo no juí! — protestaba un dolorido inocente.

—Gueno — respondía la criolla; — haga de cuenta que paga adelantao.

En el más obscuro rincón de la tienda estaba sentado Menchaca, el dueño del parejero tostado. Junto a él todos apeñuscados por la imposición de la exiguedad del sitio, había un grupo de diez o doce personas, que hablaban, reían y bebían; pero ninguno hacía caso de Menchaca, ni Menchaca hacía caso de ellos.

Siempre, y en todas partes donde se estuviese, ocurría lo mismo. Era un hombre hosco, huraño, intratable. Sobre un cuerpo grande y recio, llevaba una pequeña acbeza cuadrada, poblada de rígidos pelos cortados al ras, y una cara chata, de nariz roma, de pequeñísimos ojos, apenas perceptibles, entre las cejas enormes y los pómulos prominentes. La mandíbula prognata y lampiña y las anchas manos velludas, completaban el tipo de gorila medio civilizado.

Buscaba siempre la soledad, y era por temperamento, agrio y duro con todos. Siendo muy rico vivía casi miserablemente; su comida invariable, mañana y tarde y todos los días, la constituía un enorme asado que devoraba con glotonería salvaje, sin pan y muchas veces sin sal. No fumaba ni bebía, y, fuera de las carreras, — en que entraba de tiempo en tiempo, y en las cuales no exponía jamás más dinero que el de la apuesta, — ignoraba todos los otros juegos. Su apero, lo mismo que su indumentaria, era inferior al del último de sus peones.

Y no por tacañería, sino que su espíritu de bruto no concebía otras satisfacciones que llenar la panza y dormir, como no comprendía ninguna forma de humanitarismo. No amaba ni odiaba a nadie, y la malquerencia general de que era objeto, no le molestaba, porque le pasaba inadvertida.

Esa noche uno de los del grupo dijo con hiriente intención:

—El tostao es un parejero de ley; pero le desconfío al estao: el dueño, de puro mísero, es capaz de haberle comido la mitad de la ración de maíz.

—Dicen que en su casa los peones andan galgueando siempre y qu'el que aguanta seis meses sale más finito que una prima de guitarra.

Y por ese estilo hicieron los comentarios ofensivos sin que Menchaca diese la más mínima señal de agravio. Su indiferencia iba cansando ya a los provocadores, cuando entró a la carpa Juan Metira, quien fué recibido con alborozo por los del grupo.

—¡Cayó al rodeo el toro que faltaba!

—¡Ricién va' empezar el baile!....

—¡Velay un trago, Mentira, y venga un cuento!....

—Sobre el pucho aparceros, — respondió el recién llegado: — casualmente traigo uno fresquito, ricién arrancao del árbol.

Todos se aprontaron a escuchar al narrador famoso. Juan Mentira era un gauchito flaco, cuya nariz flaca y afilada y sus ojos pequeños y maliciosos, le daban gran semejanza con su tocayo don Juan Zorro. Y como éste era burlón, artero, y cruel. Mentía siempre, y todas sus mentiras, expresadas en forma ingeniosa, iban envueltas en veneno.

—Había una vez en un pago — empezó — un estanciero rico como Anchorena, feo como un diablo carbonero y más malo que un alacrán...

Al oir aquel introito, los tertulianos volvieron involuntariamente la vista hacia Menchaca, quien permanecía impávido, cual si no hubiese escuchado o si no le interesara la narración.

Y Juan Mentira prosiguió:

—Aquel hombre no tenía ningún amigo, ni ningún pariente, hasta se maliciaba que ni madre tuvo, y que nació en la orilla el arroyo, de un guebo de yacaré empollao pu'el sol... Solo, como el ombú, vivió largo tiempo su vida de peludo, siempre metido en su cueva, hasta que una ocasión vido en el rancho de un puestero una palomita linda y tierna. Se lamió el hocico engolosinao, se arregló con el padre, qu'es un borracho endino, y se la llevó sin hacer caso de los llantos y las protestas de la moza... ¡Demen un trago...!

—Allí la tuvo prisionera... siempre temiendo que algún gavilán l'alzara, o que ella misma emprendiese el vuelo si por casualidá le dejaban abierta la puerta de la jaula. Gueno; había precisamente un gavilán que codiciaba a la paloma y anoche, aprovechando el oportuno de qu'el perro había ido a carniar lejos, llegó a la cueva y le ofreció abrirle la puerta de la jaula.

—¿Y ella?...

—Ella dijo: "Ya no sé volar". Y él respondió: "No tengás miedo: ningún pájaro se cai solo en el aire, ni ningún pescao se auga en el río". — A lo que entonces ella dijo: "Yo quisiera juir, pero no me atrevo"; y él: "¿Por qué?"... ¿Entre gavilán y chimango, te cuesta elegir?..."

Calló el mozo, y arrojando displicente por las narices el humo del cigarrillo, dirigió una irónica provocativa mirada al estanciero, quien había comenzado a mostrarse nervioso.

—¿Y a la fin? — interrogó uno.

—A la fin el gavilán tuvo que dirse porque la paloma prefirió quedarse con su chimango...

Menchaca, visiblemente emocionado, se levantó de su asiento, se abrió paso a empellones y salió de la carpa.

—V'a ver si es verdad del cuento — insinuó uno de los oyentes; y otro preguntó:

—¿Pero es verdá ansina?

Rió con cinismo el narrador y dijo:

—Me llaman Juan Mentira. ¿Cuándo me han oído decir una verdá? Esta es una mentira...

—¿De modo que la paloma?...

—Se voló y se fué... vidalita!...

Javier de Viana.



EL clero y el servilismo son las causas de la decadencia de la raza latina. ...

Lo de Alcoy

A las seis menos cuarto de la tarde salió a la calle la manifestación carcatólica.

Los liberales estaban en la plaza, y al desembocar en ella los carcas cantando el "Ruja Satán", se oyó gritar: "¡Abajo los hipócritas! ¡mueran los farsantes!"

Los de la mojiganga respondieron con vivas y mueras rabiosos; pero al ver que iban a ser desmolados, se colaron en la iglesia de San Agustín.

De allí salieron a poco, precedidos de un crucifijo, armados de garrotes, en actitud amenazadora y tratando de abrirse paso a viva fuerza.

Irritado el público comenzó a repartirles leña; contestaron ellos; y el Cristo, llevado de aquí para allá según las peripecias de la lucha, pero sin decir una palabra, cayó al suelo produciéndose una contusión en no sé qué parte.

A partir de este momento, la confusión fué espantosa; atentos, antes que al Cristo, a quitarse los garrotazos que sobre sus espaldas y calabazas llovían, y sin decir siquiera "¡ahí queda eso!", dejaron en medio del arroyo a su redentor.

Y no se sabe el tiempo que en el suelo hubiese estado y lo que hubiera sido de él, si la guardia civil no llega, y lo acompaña hasta la iglesia inmediata.

Esto es lo único que me descorazona en el exacerbamiento clerical de ahora; que ni un católico tenga vocación de mártir.

Chillan, insultan, pero en cuanto oyen silbar una piedra, o ven por los aires un herético garrote, dejan, no digo a los santos, a Cristo y a su madre en el suelo y ponen pies en polvorosa.

Desconsuela esta falta de fe.



¡Oh, mi dulce chanchito cómo me haces el gusto en todo! De día monto yo y de noche te toca a tí montar... la guardia!!